

Homenaje a Teresa

La primera vez que oí hablar de Teresa Berganza fue en el verano de 1952, en San Sebastián, donde pasábamos las vacaciones. Ella tenía 19 años y yo 9. Su maestra, Lola Rodríguez Aragón, quiso que mis abuelos Marañón descubrieran el prodigio de su voz y organizó una audición en casa de la pintora Marisa Röesset, amiga íntima de la ilustre musicóloga. Al día siguiente mi abuelo nos transmitió, con emocionado entusiasmo, la profunda impresión que le había causado la jovencísima cantante, a la que hizo llegar unas preciosas rosas rojas, las primeras que Teresa Berganza recibió en su triunfal carrera, con una tarjeta en la que le expresaba su convencimiento de que llegaría a ser una de las grandes cantantes de su época. Y, ciertamente, tampoco en esta ocasión erró en su pronóstico. Desde entonces, de alguna manera, Teresa Berganza entró también en nuestra familia y pasó a ser para todos nosotros sencillamente Teresa. Recuerdo bien cómo festejábamos todos sus éxitos, y las ocasiones en las que tuve la fortuna de poder escucharla y verla en un escenario, asistiendo, como diría el poeta, a ese canto que “asciende hasta una franja soleada del paraíso”: así, una *Carmen* suya en el Teatro de la Zarzuela se convirtió para siempre en “mi” *Carmen*.

Al margen del testimonio de esta cercanía llena de admiración y cariño, no me corresponde añadir, por obvio, un solo mérito de los incontables que tiene una de nuestras cantantes más universales, destacada perteneciente a la generación que ha dado los cantantes españoles más excepcionales.

Una de mis mayores satisfacciones como presidente del Teatro Real ha sido poder apoyar la celebración del homenaje que ahora rendimos a Teresa, y que tanto enaltece, como escribió Montaigne, a la institución que lo celebra. Por lo demás, a su biografía aún le faltan, afortunadamente, muchas primaveras, y, como bien dice, será ella misma quien la escriba.

Conrad escribió que “hay algo más que la consecución de la destreza atendiendo a los más delicados matices de la excelencia; existe un punto más alto, un sutil e inconfundible toque de amor, una inspiración que es lo que confiere a una obra ese resultado que es el Arte”. Pues bien, Teresa constituye un ejemplo único de esa excelencia profesional trascendida en Arte.

Gregorio Marañón